

que escriba; que son, no para mí sola, sino para todos los que desearon lograr el fruto de este beneficio, como medio poderoso para hacer eficaz el de nuestra redencion cada uno en sí mismo. Conoceráse tambien que la perfeccion cristiana no se alcanza sin grandes peleas con el demonio, y con incesante trabajo en vencer y sujetar las pasiones y malas inclinaciones de nuestra depravada naturaleza. Sobre todo esto, para dar principio á esta tercera parte, me habló la divina Madre y Maestra, y con agradable semblante me dijo: *Mi bendicion eterna y la de mi Hijo santísimo vengan sobre ti, para que escribas lo que resta de mi vida, para que lo obres y ejecutes con la perfeccion que deseamos. Amen.*

TERCERA PARTE

DE LA DIVINA HISTORIA Y VIDA DE LA REINA DEL CIELO, MARÍA SANTÍSIMA: CONTIENE LOS SUCEOS DESDE LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO HASTA LA SUBIDA Á LOS CIELOS Y CORONACION DE LA VÍRGEN MADRE DE DIOS.

LIBRO SÉPTIMO,

Y PRIMERO DE LA TERCERA PARTE.

CONTIENE COMO LA DIESTRA DIVINA PROSPERÓ Á LA REINA DEL CIELO DE DONES ALTÍSIMOS, PARA QUE TRABAJASE EN LA SANTA IGLESIA; LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO; EL COPIOSO FRUTO DE LA REDENCION, Y DE LA PREDICACION DE LOS APÓSTOLES; LA PRIMERA PERSECUCION DE LA IGLESIA; LA CONVERSION DE SAN PABLO, Y VENIDA DE SANTIAGO Á ESPAÑA; LA APARICION DE LA MADRE DE DIOS EN ZARAGOZA, Y FUNDACION DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

CAPÍTULO I.

Quedando asentado nuestro Salvador Jesús á la diestra del eterno Padre, descendió del cielo á la tierra María santísima, para que se plantase la nueva Iglesia con su asistencia y magisterio.

Resúmese el hilo de la Historia. — Estuvo en la eleccion libre de María que darse gozando en el cielo, ó volver á trabajar á la tierra. — Razones por que la voluntad divina se inclinaba á conservarla en el trono. — Razones por que la Madre de Dios eligió volver á la Iglesia militante. — Manifestó el Padre eterno á la Iglesia triunfante lo que María elegía por el bien de la militante. — Beneficio que hizo la santísima Trinidad al mundo en darle otra vez á María. — Estuvo María tres dias en el cielo gozando en alma y cuerpo la gloria de la diestra de su Hijo. — Gloria con que volvió la Madre de Dios al mundo. — Encubrió el Señor su refulgencia á los mortales que la miraban; y solo á san Juan se concedió la viese. — Cuán próspera de dones de gracia vino

para el ministerio á que era enviada. — Forma en que llegó al cenáculo. — Oracion que hizo luego que llegó, ofreciéndose á los trabajos de su ministerio. — Despedida de los Angeles que la acompañaron. — Advertencia que hicieron los Angeles á la venerable Madre de que repitiese en esta Historia llamar á María su Reina. — Solo san Juan tuvo noticia de la subida de María al cielo con su Hijo, y la vió bajar. — Efectos que hizo en él la revelacion de este misterio. — Batalla entre el respeto humilde y el fervor amoroso de Juan, sobre si se atreveria á llegar á hablar á la Madre de Dios. — Cayó en tierra, como en la Transfiguracion, cuando llegó á mirarla. — Razon de no extrañar esta demonstracion los demás discípulos. — Palabras con que le recibió María, pidiéndole de nuevo la ordenase lo que habia de hacer, para vivir en su obediencia. — Cuánto se confundió con ellas Juan sobre lo que habia visto. — Razon de rendirse Juan á la obediencia de mandar á la Madre de Dios. — Quedó en el interior de san Juan toda su vida la imágen de María, como la vió bajar del cielo. — Llama la divina Maestra á su discípula a vida mas alta, inmediata á la felicidad eterna. — Medio para conseguirla, por la perfecta imitacion de su Maestra. — Disposiciones para ella. — Declárala como ha de ser esta nueva vida con el ejemplo del que resucita. — Lo que ha de hacer de su parte la criatura habiéndose como tabla rasa y instrumento en la mano del Señor. — Razon especial de querer el Señor manifestar mas su clemencia en el siglo presente.

1. Á la segunda parte de esta Historia puse dichoso fin, dejando en el cenáculo y en el cielo empireo á nuestra gran Reina y Señora, María santísima, asentada á la diestra de su Hijo y Dios eterno ¹, asistiendo en ambas partes por el modo milagroso que queda dicho ² le concedió la diestra divina de estar su santísimo cuerpo en dos partes: que en su gloriosa Ascension, para hacerla mas admirable, la llevó consigo el Hijo de Dios y suyo á darla la posesion de los premios inefables que hasta entonces habia merecido, y señalarla el lugar que por ellos, y los demás que habia de merecer, la tenia prevenido desde su eternidad. Dije tambien ³ como la beatísima Trinidad dejó en la eleccion libre de esta divina Madre si queria volver al mundo para consuelo de los primitivos hijos de la Iglesia evangélica y para su fundacion; ó si queria eternizarse en aquel felicísimo estado de su gloria, sin dejar la posesion que dél la daban. Porque la voluntad de las tres divinas Personas, como debajo de aquella condicion, se inclinaban, con el amor que á esta singular criatura tenian, á conservarla en aquel abismo en que estaba absor-ta, y no restituirla otra vez al mundo entre los desterrados hijos de Adan. Por una parte parece que pedia esto la razon de justicia; pues ya el mundo quedaba redimido con la pasion y muerte de su Hijo, á que ella habia cooperado con toda plenitud y perfeccion.

¹ Psalm. xlv, 10. — ² Part. II, n. 1312. — ³ Ibid. n. 1322.

Y no quedaba en ella otro derecho de la muerte, no solo por el modo con que padeció sus dolores en la de Cristo nuestro Salvador (como en su lugar queda declarado ¹), sino tambien porque la gran Reina nunca fue pechera de la muerte, del demonio, ni del pecado; y así no le tocaba la ley comun de los hijos de Adan ². Y sin morir como ellos, deseaba el Señor (á nuestro modo de entender) que tuviese otro tránsito con que pasara de viadora á comprehensora, y del estado de la mortalidad al de la inmortalidad, y no muriera en la tierra la que en ella no habia cometido culpa que la mereciese; y en el mismo cielo podia el Altísimo pasarla de un estado á otro.

2. Por otra parte, solo quedaba la razon de parte de la caridad y humildad de esta admirable y dulcísima Madre; porque el amor la inclinaba á socorrer á sus hijos, y que el nombre del Altísimo fuese manifestado y engrandecido en la nueva Iglesia del Evangelio. Deseaba tambien entrar á muchos fieles á la profesion de la fe con su sollicitacion y intercesion, y imitar á sus hijos y hermanos del linaje humano con morir en la tierra; aunque no debia pagar este tributo, pues no habia pecado ³. Y con su grandiosa sabiduria y admirable prudencia conoca cuán estimable cosa era merecer el premio y la corona, mas que por algun breve tiempo poseerla, aunque sea de la gloria eterna. No fue esta humilde sabiduria sin premio de contado; porque el eterno Padre hizo notoria á todos los cortesanos del cielo la verdad de lo que su Majestad deseaba, y lo que María santísima elegia por el bien de la Iglesia militante y socorro de los fieles. Y todos conocieron en el cielo lo que es justo conozcamos ahora en la tierra; que el mismo Padre eterno así (como dice san Juan) amó al mundo, que dió á su Unigénito para que le redimiese ⁴; así tambien dió otra vez á su hija María santísima, enviándola desde su gloria para plantar la Iglesia que Cristo su artífice habia fundado; y el mismo Hijo dió para esto á su amantísima y dilecta Madre, y el Espiritu Santo á su dulcísima Esposa. Tuvo este beneficio otra condicion que le subió de punto; porque vino sobre las injurias que Cristo nuestro Redentor habia recibido en su pasion y afrentosa muerte, con que desmereció el mundo este favor. ¡Oh infinito amor! ¡Oh caridad inmensa! ¡Cómo se manifiesta que las muchas aguas de nuestros pecados no te pueden extinguir ⁵!

¹ Part. II, n. 1264, 1341, 1381. — ² Hebr. ix, 27. — ³ Rom. vi, 23.

⁴ Joan. iii, 16. — ⁵ Cant. viii, 7.

3. Cumplidos tres días enteros que María santísima estuvo en el cielo gozando en alma y cuerpo la gloria de la diestra de su Hijo y Dios verdadero; admitida su voluntad de volver á la tierra, partió de lo supremo del empíreo para el mundo con la bendición de la beatísima Trinidad. Mandó su Majestad á innumerable multitud de Ángeles que la acompañasen, eligiendo para esto todos los coros y muchos de los supremos Serafines mas inmediatos al trono de la Divinidad. Recibióla luego una nube ó globo de refulgentísima luz, que le servia de litera preciosa ó relicario que movian los mismos Serafines. No pueden caber en humano pensamiento y en vida mortal la hermosura y resplandores exteriores con que esta divina Reina venia; y es cierto que ninguna criatura viviente la pudiera ver ó mirar naturalmente sin perder la vida. Por esto fue necesario que el Altísimo encubriera su refulgencia á los que la miraban, hasta que se fuesen templando las luces y rayos que despedía. Á solo el evangelista san Juan se concedió que viese á la divina Reina en la fuerza y abundancia que le redundó de la gloria que habia gozado. Bien se deja entender la hermosura y gran belleza de esta magnífica Reina y Señora de los cielos, bajando del trono de la beatísima Trinidad; pues á Moisés le resultaron en su cara tantos resplandores de haber hablado con Dios en el monte Sinai¹, donde recibió la ley, que los israelitas no los podian sufrir, ni mirarle al rostro; y no sabemos que el Profeta viese claramente la Divinidad; y cuando la viera, es muy cierto no llegara esta vision á lo mínimo de la que tuvo la Madre del mismo Dios.

4. Llegó al cenáculo de Jerusalem la gran Señora, como substituta de su Hijo santísimo en la nueva Iglesia evangélica. Y en los dones de la gracia que la dieron para este ministerio venia tan próspera y abundante, que fue admiracion nueva para los Ángeles y como asombro de los Santos; porque era una estampa viva de Cristo nuestro Redentor y Maestro. Bajó de la nube de luz en que venia, y sin ser vista de los que asistian en el cenáculo se quedó en su ser natural, en cuanto no estar mas de en aquel lugar. Al punto la Maestra de la santa humildad se postró en tierra, y pegándose con el polvo dijo: *Dios altísimo y Señor mio, aquí está este vil gusano de la tierra, reconociendo fui formada de ella*², pasando del no ser al ser que tengo por vuestra liberalísima clemencia. Reconozco tambien, ó altísimo Padre, que vuestra dignacion inefable me levantó del polvo, sin merecerlo yo, á la dignidad de Madre de vuestro Unigénito.

¹ Exod. xxxiv, 29. — ² Genes, ii, 7.

De todo mi corazon alabo y engrandezco vuestra bondad inmensa, porque así me habeis favorecido. Y en agradecimiento de tantos beneficios, me ofrezco á vivir y trabajar de nuevo en esta vida mortal, todo lo que vuestra voluntad santa ordenare. Sacrificome por vuestra fiel sierva, y de los hijos de la Iglesia santa, y á todos los presento ante vuestra inmensa caridad, y pido que los mireis como Dios y Padre clementísimo, y de lo íntimo de mi corazon os lo suplico. Por ellos ofrezco en sacrificio el carecer de vuestra gloria y descanso para servirlos, y el haber elegido con entera voluntad padecer, dejando de gozaros, privándome de vuestra clara vista por ejercitarme en lo que es tan de vuestro agrado.

5. Despidiéronse de la Reina los santos Ángeles que habian venido á acompañarla desde el cielo, para volverse á él, dando á la tierra nuevos parabienes de que dejaban en ella por moradora á su gran Reina y Señora. Y advierto, que escribiendo yo esto me dijeron los santos príncipes que por qué no usaba mas en esta Historia de llamar á María santísima Reina y Señora de los Ángeles, y que no me descuidase en hacerlo en lo que restaba, por el gran gozo que en esto reciben. Y por obedecerlos y darles gusto la nombraré con este titulo muchas veces de aquí adelante. Volviendo á la Historia, es de advertir que los tres días primeros que estuvo la divina Madre en el cenáculo despues de haber bajado del cielo, los pasó muy abstraída de todo lo terreno, gozando de la redundancia del júbilo y admirables efectos de la gloria que en los otros tres habia recibido en el cielo. De este oculto sacramento solo el evangelista san Juan tuvo noticia entonces entre todos los mortales; porque en una vision se le manifestó como la gran Reina del cielo habia subido á él con su Hijo santísimo, y la vió descender con la gloria y gracias que volvió al mundo para enriquecer la Iglesia. Con la admiracion de tan nuevo misterio estuvo san Juan dos dias como suspendido y fuera de sí. Y sabiendo que ya su santísima Madre habia descendido de las alturas, deseaba hablarla, y no se atrevia.

6. Entre los fervores del amor y el encogimiento de la humildad estuvo el amado Apóstol batallando consigo casi un día. Y vencido del afecto de hijo, se resolvió á ponerse en presencia de su divina Madre en el cenáculo, y cuando iba, se detuvo y dijo: *¿Cómo me atreveré á lo que me pide el deseo, sin saber primero la voluntad del Altísimo y la de mi Señora? Pero mi Redentor y Maestro me la dió por madre, y me favoreció y obligó con titulo de hijo: pues mi ofi-*

cio es servirla y asistirla; y no ignora su alteza mi deseo, no lo despreciará; piadosa y suave es, y me perdonará; quiero postrarme á sus piés. Con esto se determinó san Juan, y pasó á donde estaba la divina Reina en oracion con los demás fieles. Y al punto que levantó los ojos á mirarla, cayó en tierra postrado, con los efectos semejantes á los que él mismo y los dos Apóstoles sintieron en el Tabor, cuando á su vista se transfiguró el Señor¹; porque eran muy semejantes á los resplandores de nuestro Salvador Jesús los que percibió san Juan en el rostro de su Madre santísima. Y como le duraban aun las especies de la vision, en que la vió descender del cielo, fue con mayor fuerza oprimida su natural flaqueza, y cayó en tierra. Con la admiracion y gozo que sintió estuvo así postrado casi una hora, sin poderse levantar. Adoró profundamente á la Madre de su mismo Criador. Y no pudieron extrañar esto los demás Apóstoles y discípulos que asistian en el cenáculo; porque á imitacion de su divino Maestro, y con el ejemplar y enseñanza de Maria santísima, en el tiempo que estuvieron los fieles aguardando al Espíritu Santo, muchos ratos de la oracion que tenian era en cruz y postrados.

7. Estando así postrado el humilde y santo Apóstol, llegó la piadosa Madre, y le levantó del suelo; y manifestándose con el semblante mas natural, se le puso ella de rodillas, y le habló y dijo: *Señor, hijo mio, ya sabéis que vuestra obediencia me ha de gobernar, en todas mis acciones; porque estais en lugar de mi Hijo santísimo y mi Maestro, para ordenarme todo lo que debo hacer; y de nuevo quiero pedirlo que cuideis de hacerlo, por el consuelo que tengo de obedecer.* Oyendo el santo Apóstol estas razones, se confundió y admiró sobre lo que en la gran Señora habia visto y conocido, y se volvió á postrar en su presencia, ofreciéndose por esclavo suyo, y suplicándola que ella le mandase y gobernase en todo. En esta porfia perseveró san Juan algun rato, hasta que vencido de la humildad de nuestra Reina, se sujetó á su voluntad, y quedó determinado á obedecerla en mandarla, como ella lo deseaba: porque este era para él mayor acierto, y para nosotros raro y poderoso ejemplo; con que se reprehende nuestra soberbia, y nos enseña á quebrantarla. Y si confesamos que somos hijos y devotos de esta divina Madre y Maestra de humildad, debido y justo es imitarla y seguirla. Quedáronle al Evangelista tan impresas en el entendimiento y potencias interiores las especies del estado en que vió á la gran Reina de los Ángeles, que por toda su vida le duró aquella imágen en su interior. Y en esta ocasion, cuan-

¹ Matth. xvii, 2.

do la vió descender del cielo, exclamó con grande admiracion; y las inteligencias que de ella tuvo, las declaró despues el santo Evangelista en el Apocalipsis, en particular en el capítulo xxi, como di-
ré en el siguiente.

Doctrina que me dió la gran Reina y Señora de los Ángeles.

8. Hija mia, habiéndote repetido tantas veces hasta ahora que te despidas de todo lo visible y terreno, y mueras á tí misma y á la participacion de hija de Adan, como te he amonestado y enseñado en la doctrina que has escrito en la primera y segunda parte de mi vida; ahora te llamo con nuevo afecto de amorosa y piadosa madre, y te convido de parte de mi Hijo santísimo, de la mia y de sus Ángeles, que tambien te aman mucho, para que olvidada de todo lo demás que tiene ser, te levantes á otra nueva vida mas alta y celestial, inmediata á la eterna felicidad. Quiero que te alejes del todo de Babilonia, y de tus enemigos, y sus falsas vanidades con que te persiguen, y te avecines á la ciudad santa de la celestial Jerusalem, y vivas en sus atrios, donde te ocupes toda en mi verdadera y perfecta imitacion, y por ella con la divina gracia llegues á la íntima union de mi Señor y tu divino y fidelísimo Esposo. Oye, pues, carísima, mi voz con alegre devocion y prontitud de tu ánimo. Sígueme fervorosa, renovando tu vida con el dechado que escribes de la mia, y atiende á lo que yo hice despues que volví al mundo de la diestra de mi Hijo santísimo. Medita y penetra con todo cuidado mis obras, para que, segun la gracia que recibieres, vayas copiando en tu alma lo que entendieres y escribieres. No te faltará el favor divino, porque el Altísimo no quiere negarle á quien de su parte hace lo que puede, y para lo que es de su agrado y beneplácito, si tu negligencia no lo desmerece. Prepara tu corazon y dilata sus espacios, fervoriza tu voluntad, purifica tu entendimiento, y despeja tus potencias de toda imágen y especies de criaturas visibles, para que ninguna te embarace, ni obligue á cometer ni una leve culpa ó imperfeccion, y el Altísimo pueda depositar en tí su oculta sabiduría, y tú estés preparada y pronta para obrar con ella todo lo mas agradable á nuestros ojos, que te enseñaremos.

9. Tu vida desde hoy ha de ser como quien la recibe resucitada despues de haber muerto á la que tuvo primero. Y como el que recibe este beneficio suele volver á la vida renovado, y casi peregrino y extraño en todo lo que antes amaba, mudando los deseos,

y reformadas y extinguidas las calidades que antes habia tenido, y en todo procede diferente: á este modo y con mayor alteza quiero que tú, hija mia, seas renovada; porque has de vivir como si de nuevo participaras los dotes del alma en la forma que te es posible con el poder divino, que obrará en tí. Pero es necesario para estos efectos tan divinos que tú te ayudes, y prepares todo el corazon, quedando libre y como una tabla muy rasa, donde el Altísimo con su dedo escriba y dibuje como en cera blanda, y sin resistencia imprima el sello de mis virtudes. Quiere su Majestad que seas instrumento en su poderosa mano para obrar su voluntad santa y perfecta: y el instrumento no resiste á la del artifice; y si tiene voluntad, usa della solo para dejarse mover. Ea pues, carisima, ven, ven á donde yo te llamo, y advierte que si en el sumo Bien es natural comunicarse y favorecer á sus criaturas en todos tiempos; pero en el siglo presente quiere este Señor y Padre de las misericordias manifestar mas su liberal clemencia con los mortales; porque se les acaba el tiempo, y son pocos los que se quieren disponer para recibir los dones de su poderosa diestra. No pierdas tú tan oportuna ocasion, sígueme, y corre tras de mis pisadas, y no contristes al Espíritu Santo en detenerte, cuando te convido á tanta dicha con maternal amor y tan alta y perfecta doctrina.

CAPÍTULO II.

Que el evangelista san Juan en el capítulo XXI del Apocalipsis habla á la letra de la vision que tuvo, cuando vió descender del cielo á María santísima Señora nuestra.

Razon de revelarse á San Juan muchos sacramentos y misterios de la Madre de Dios, que á otros fueron mas ocultos. — Vióla subir al cielo, y estar á la diestra de su Hijo, y bajar del. — Temor de san Juan de si se quedaria en el cielo la Virgen. — Detúvole María para que mientras ella vivia no manifestase los misterios de esta vision. — Fue orden de el Espíritu Santo, que cuando los escribió, fuese con metáforas y enigmas; y por qué. — Declárase de nuevo la razon de ocultar el Señor la grandeza de su Madre en la primitiva Iglesia. — Razon de ocultar Dios el cuerpo de Moisés. — ¿Por qué la creacion de los Ángeles se significó solo en metáfora? — Peligro que habria de tener á María por Dios en los gentiles, si al predicarles la fe de Cristo se les propusieran las excelencias de su Madre. — Como ha cesado ya este peligro en los siglos presentes. — Escribió san Juan el misterio presente en el capítulo XXI de su Apocalipsis. — En un mismo lugar de la Escritura se pueden significar á la letra muchos misterios. — Causa de la dificultad de la sagrada Escritura. — Por qué en ella hay tantas metáforas. — Declárase como en el descenso de la ciudad de Jerusalem están significados los misterios de

la Concepcion de la Virgen y el presente. — Como en la ascension de Cristo su humanidad asentada á la diestra de el Padre y María á la del Hijo, fueron cielo nuevo. — Razon de llamarse entonces el empero cielo nuevo y tierra nueva. — Como en este misterio el cielo y tierra antiguos se fueron. — Fue María en otro modo cielo nuevo y tierra nueva en este misterio. — Como entonces no hubo para ella mar de amarguras. — No hubo para los hombres bienaventurados mar de peligros. — Vision de san Juan del descenso de la Madre de Dios desde el celestial trono de su Hijo. — Adorno con que bajaba. — Preparacion con que venia como esposa para su varon. — Voz del trono que oyó san Juan, y los misterios que entendió en ella. — Singular eleccion de María de volver á trabajar á la tierra despues de haber tomado posesion de la gloria en el cielo. — Como mereció con ella que fuesen los hombres pueblo suyo y Dios propicio á ellos. — Felicidades que trajo María bajando del cielo al mundo. — Voz del eterno Padre de la novedad de las cosas y su inteligencia. — Fin de enviar á María renovada al mundo. — Mandó el Señor á Juan que escribiese este misterio. — Por qué lo escribió en enigma. — Cargo que se hace á los mortales en la palabra *Ya está hecho*. — Dios principio y fin de la salud de los hombres. — Los medios se reducen á Cristo y su Madre. — Como se dan á los hombres de balde. — Lo que han de hacer de parte para conseguir la felicidad. — Para todos los hombres dió el Padre á su Unigénito por Maestro y Redentor, y á María por medianera y abogada. — Castigo de los que fueron malos despues de estos beneficios. — Los siete Ángeles de los siete novísimos castigos son de los supremos. — Potestad que se les ha dado para castigar los que pecan, despues de publicados los misterios de Cristo, y proteccion de su Madre. — Las plagas novísimas y mas rigurosas son para estos últimos siglos, y por qué. — Alteza de la vision en que vió Juan este misterio. — Como María se llama esposa y mujer de Cristo. — Como se llama ciudad de Jerusalem.

10. Al oficio y dignidad tan excelente de hijo de María santísima, que dió nuestro Salvador Jesús en la cruz al apóstol san Juan¹, como señalado por objeto de su divino amor, era consiguiente que fuera secretario de los inefables sacramentos y misterios de la gran Reina, que á otros eran mas ocultos. Para esto le fueron revelados muchos que antes habian precedido en ella, y le hicieron como testigo ocular del secreto misterioso que sucedió el dia de la ascension del Señor á los cielos, concediéndole á esta águila sagrada que viesse subir al sol Cristo nuestro bien con luz doblada siete veces, como dice Isaías, y á la luna con luz como del sol², por la similitud que con él tenia. Vióla el felicísimo Evangelista subir, y estar á la diestra de su Hijo: y vióla tambien descender (como queda dicho³) con nueva admiracion; porque vió y conoció la mudanza y renovacion con que bajaba al mundo, despues de la inefable gloria que en el cielo habia recibido con tan nuevos influjos de la Di-

¹ Joan. XIX, 26. — ² Isai. xxx, 26. — ³ Supr. n. 5